


La noche que vimos a D10S

Calvin Westfall



Salimos del túnel de oscuridad penetrante en una mar blaugrana, una masa roja y azul llevándonos hacia la puerta principal del templo nuevo. Casi no la podía oír sobre la cacofonía de idiomas y emoción, pero ella me confirmó con un centelleo en el ojo y un apretón suave de la mano que todo estaba bien. Habíamos esperado con gran anhelo esta noche por mucho tiempo. Miramos a nuestros queridos compañeros que se llevaban por el río de cuerpos a la izquierda, y nos aseguraron que todo saldría bien y que nos encontraríamos en el mismo lugar. Nos despedimos de ellos con una oleada de manos y nos dimos cuenta que estábamos solos en una multitud extraña. Nos asentamos la cabeza, reconociendo que no estábamos listos por lo divino que íbamos a presenciar. Pero iba a pasar, daba igual nuestra falta de preparación.

Ella tomó el salto de fe primero, lanzándose al portal, por el cual pasó sin obstáculo. Yo la seguí, y también pasé sin problema. Nos reunimos y empezamos a subir los escalones brillantes con los brazos entrelazados, como era costumbre en aquella parte. Mientras caminábamos, yo me sentía sumamente agradecido por la oportunidad de que por fin terminaría nuestro peregrinaje. La última vez que intenté apenas llegué a la puerta del templo, pero esta vez logré entrar.

Llegamos al sitio preordenado para nosotros, nos sentamos y nos pusimos cómodos. Nos aplicamos la pintura facial, la que también había guardado junto a mis sueños, de modo ritual para no parecer extranjeros en esta tierra lejana. Bueno, para mí era el lugar donde estaba mi corazón desde el momento que salí, pero para ella, era muy desconocida la tierra.

No había nadie más que ella con quien quería compartir esta experiencia única. Ella veía más allá de lo efímero; entendía el gran significado de lo que íbamos a ver. No era la primera vez que me acompañaba, ni sería la última tampoco. Esta vez iba a ser diferente. Especial. Y lo fue.

La música empezó y cien mil voces levantaron el himno sagrado, mientras sus brazos piadosos levantaron cien mil estrellas. Esta constelación cubrió el templo entero y la vista inspiradora nos asombró aun hasta emocionarnos. Los fieles tomaron su asiento y nosotros hicimos igual, listos para ver el milagro.

No había manera de que estuviésemos preparados para lo que sucedería después. Noventa minutos de acción devota, subidas y bajadas de emoción, y varias ocasiones en las que el adversario casi derribó a nuestro Campeón y a Su contingente. Nos unimos en oración fuerte con el resto de los cien mil fieles y observamos la batalla feroz delante nuestro.

Fueron tres veces que Él intercedió, un triplete sagrado, la trinidad de las trinidades. Cada vez fue contestada con un rugido celestial, y el templo temblaba como si fuera a desgarrarse en dos. La gente empezó a gritar y cantar Su nombre de tal modo que el cielo nocturno lo absorbió para nunca olvidarse jamás. Su nombre ya no estaba solamente sobre nuestros hombros, sino también grabado sobre nuestro corazón.

Al bajar por los escalones que ahora nos eran sagrados, apasionados por lo que presenciamos, reflexionamos la realidad de aquella noche. Salimos aquella noche cambiados por la experiencia y todo lo que conlleva, pero sobre todo cambiados por la gracia suya. Aquella noche vimos a D10S entre los hombres y aprendimos Su nombre: *Messi*.